

Procurad, al abandonar este mundo, no haber sido simplemente buenos, pues eso no basta, ¡procurad abandonar un mundo nuevo!

Bertolt Brecht

La amistad en el contexto de las relaciones interhumanas

La vida humana deriva gran parte de su encanto y alegría de las relaciones que se establecen con un importante grupo de personas: madre, padre, hermanos, esposo(a), hijos, parientes y amigos. Establecer estas relaciones, disfrutarlas, fortalecerlas, entrar en crisis en algunas ocasiones y en otras dejarlas, hace parte de la dinámica vital interhumana.

La **socialización** es un proceso creciente desde que se nace. Se inicia en la familia (socialización primaria), para continuarse en la vida escolar (socialización secundaria). Un aspecto fundamental de la socialización es el que se refiere a la dinámica de la amistad, entendida, según la definición de la Real Academia Española, como *afecto personal, puro y desinteresado, ordinariamente recíproco, que nace y se fortalece con el trato*.

Desde momentos muy tempranos de su vida (a partir del segundo año), los niños suelen apegarse a compañeros preferidos de juegos, con quienes se sintonizan en forma efectiva. Aquello de la química entre las personas encuentra aquí una excelente aplicación.

En consonancia con la afirmación de Antoine de Saint-Exupéry en el sentido de que *el amor es lo único que crece cuando se reparte*, la urdimbre afectiva que se va tejiendo por medio de las amistades crecientes, le va proporcionando al niño una red de seguridad emocional y apoyo social fundamental en su proceso de desarrollo.

Todo ello se irá traduciendo en un estímulo para las competencias sociales y la autoestima de los niños. Los amigos, además, son elementos necesarios en la generación de habilidades para la solución de problemas interpersonales. A su vez, las amistades tempranas generarán competencias para el desarrollo posterior de las relaciones amorosas adultas.

El tejido social no es más que la suma de múltiples unidades constituyentes, fortalecidas por lazos amistosos y afectivos. En el empeño necesario y posible de reconstruirlo en nuestro país, todo lo que se haga por promover el desarrollo de amistades trascendentes desde etapas tempranas de la crianza, debe ser bienvenido.

Para terminar, una bella reflexión de Juan Diego Barajas: *Ser amigo es hacerse vulnerable, dejar caer las máscaras y las barreras para acoger al otro cual es, con su belleza, sus dones, sus límites y sus sufrimientos; es llorar cuando él llora y reír cuando él ríe.*

Las relaciones fraternas

Olga Francisca Salazar Blanco

Pediatra y puericultora

Profesora de la Universidad de Antioquia

Las peleas entre los hermanos son normales en el proceso de crecimiento y desarrollo de los niños, pero es necesario conocer a fondo el origen de ellas, los factores relacionados, las actitudes de los padres ante ellas y cómo prevenirlas o manejarlas para que no se conviertan en situaciones inaguantables y que dañen la armonía familiar.

Cuando una pareja decide tener más de un hijo, lo hace con la idea de que el primogénito crezca acompañado, de que juegue y comparta con su hermano o hermanos, por lo cual fantasea con la relación ideal que van a llevar los dos hermanos y como el mayor va a ayudar en el proceso de crianza.

Pero a pesar de la preparación que se haya hecho, de los regalos que traiga el hermano menor al mayor, de lo dulce y tierno que sea el niño, al mayor le ocurre generalmente una situación de desencanto con el menor y con los padres, pues suele sentirse en situación de destronamiento y de tener que compartir a sus padres, que hasta el momento eran solo para él.

Con el paso del tiempo, los hermanos desarrollan relaciones de diferente tipo, claves en su interacción social fuera de la familia y en el transcurso de su vida: de cooperación, de rivalidad, de celos, de complicidad, de solidaridad.

El establecimiento de las interacciones entre hermanos depende de varios factores que se analizarán a continuación: la edad de los hermanos, el orden del nacimiento, el sexo, el temperamento del niño, el trato diferencial de padres y demás adultos significativos.

La diferencia de edad de los hermanos

No existe una edad ideal que asegure unas magníficas relaciones entre los hermanos, pero si hay ciertas ventajas e inconvenientes de los diferentes rangos de edad.

Cuando la diferencia es menor de dieciocho meses es difícil y agotadora la tarea física para los padres, pues hay dos niños de pañales, dependientes, pero con horarios y necesidades diferentes y a veces contrapuestas. Las ventajas de rangos estrechos de edad están relacionadas con la mejor posibilidad de compartir los juegos y de volverse estupendos amigos y cómplices.

De los dieciocho meses a los tres años, el rango más frecuente en el cual se planifica el segundo hijo, se da la ventaja de que el mayor ya no es tan

dependiente y se comunica con un lenguaje más adecuado. Pero no deja de ser una situación de destronamiento, que puede hacerlo sentir furioso y desencadenar comportamientos agresivos y regresiones como querer volver a recibir biberón, volver a usar pañales o intensificar las pataletas.

Cuando los hijos se llevan de tres a cinco años de edad es para algunos educadores el rango ideal, porque el mayor ya es realmente más independiente, comparte con otros amigos en círculos sociales fuera de la familia, está menos apegado a la madre y puede entender mejor la situación de la llegada de un hermano. Sin embargo, con el mayor deben reorganizarse las relaciones y dedicarle tiempo exclusivo a la atención de sus necesidades.

Diferencias de más de cinco años entre los hermanos suponen una mejor aceptación, mejor comprensión por parte del hermano o los hermanos mayores y mayor participación en el proceso de crianza, porque ya tienen otros intereses, amigos y actividades que los hacen menos dependientes de la atención de los padres. Esto mismo dificulta el establecimiento de las relaciones complejas de hermandad que se desarrollarán más lentamente en la medida que mayor sea la diferencia de edades.

La ventaja para los padres es que pueden disfrutar más de este nuevo hijo porque no necesitan prestarle tanta atención y tiempo a los mayores, con los cuales no se debe caer en la trampa de delegarles la responsabilidad del cuidado del menor, como si fueran padres sustitutos, porque esto puede entorpecer sus interacciones y crear resentimientos hacia los padres y hacia el nuevo hermano.

El orden del nacimiento

Para ningún hijo es igual la posición dentro de su familia. El psiquiatra Alfred Adler, estudioso del comportamiento humano, afirmaba que “cada niño interpreta su papel en la vida según el lugar que ocupa en la familia y que este influye además en su personalidad y en su conducta”.

El hijo mayor puede ver con hostilidad a sus hermanos, porque el es el único que ha sido hijo único y ha tenido todo el afecto de sus padres por un tiempo para si solo. El menor, por su parte, suele ser tratado como el más débil, ser más mimado y gozar de ciertos privilegios, pero con el paso de los años cuestionar y reclamar por los privilegios y el trato que se le da al mayor.

En familias de más de dos hijos, los hijos sándwich son de los que menos se habla y a quienes menos se presta atención individualizada, a menos que sea el único varón o la única niña de la familia. Por estas razones suelen tener una posición de desventaja y tratar de llamar la atención con comportamientos opuestos a los del hermano mayor, compiten permanentemente con el mayor y con el menor y viven pendientes de la justicia.

El sexo

Aunque los estudios son contradictorios, parece que las parejas de hermanos del mismo sexo se relacionan mejor entre ellos, juegan más juntos y el menor aprende, por imitación del mayor, comportamientos y destrezas. Para otros autores, los hermanos del mismo sexo muestran mayor rivalidad.

Otro aspecto es el temor de los padres a los intereses por asuntos femeninos de niños que se crían entre hermanas o lo contrario, niñas poco femeninas por crecer entre hermanos varones. Algunos estudiosos del tema han descartado esta teoría, porque le dan importancia a otros factores determinantes, como la naturaleza intrínseca del sexo, las relaciones que se desarrollan con sus padres que son modelos de comportamiento y las relaciones con los pares en las diferentes etapas del desarrollo, entre otras.

El temperamento o el carácter del niño

A menudo los padres se preguntan cómo es posible que dos hermanos que nacieron de los mismos padres sean tan diferentes. Realmente entre los hermanos es frecuente que haya más diferencias que similitudes, porque en la personalidad de los hijos influyen la información heredada de los padres y las relaciones de crianza o las experiencias que son particulares de cada persona e influyen diferentemente en sus actitudes y comportamientos.

Las relaciones con los padres y demás adultos significativos

No es posible ni sano querer y tratar a todos los hijos por igual, aunque debe buscarse la atención de las necesidades de cada uno de ellos en forma justa.

Cada hijo es diferente, con temperamento, intereses y relaciones diferentes. Las expectativas de su nacimiento y la situación de la relación de la pareja en cada proceso de crianza son distintas, al igual que las interacciones que se dan durante este proceso. Aun entre gemelos idénticos hay diferencias y de eso se debe ser consciente como padres.

Es deseable querer a cada hijo de manera diferente, como ser único que es, para favorecer su proceso de desarrollo a su propio ritmo, y en medio de oportunidades y acompañamiento similar, inculcar los mismos valores y creencias, evitando demostrar con los comportamientos y actitudes que los hijos se sientan menos queridos o, peor aun, rechazados.

Relaciones fraternas en familias mixtas

En las familias actuales cada vez es más frecuente la situación de compartir un nuevo hogar con hijos de parejas diferentes (tus hijos, mis hijos y los nuestros), con mayores dificultades para la formación de buenas relaciones fraternas, porque se suman conflictos de crianzas distintas; temores de los niños al rechazo de quien no sea su padre o madre biológicamente hablando; desilusión por terminar la posibilidad de volver a unirse la familia; las diferencias de conceptos en la

crianza por las desafortunadas experiencias en la relación previa, entre otros aspectos.

Por su parte, los padres pueden sentir mayor culpabilidad por sus sentimientos ante sus hijos propios y los de la pareja. Así mismo, es común que se acrecienten los conflictos por la justicia; la lucha de los hermanos por mantener ciertos privilegios adquiridos en su hogar anterior y que las normas que se fijan para el nuevo hogar se rompan en las visitas del fin de semana con el otro padre.

La complejidad del asunto exige que los padres refuercen sus relaciones de comunicación y de tolerancia; que cedan espacios; que sean solidarios entre sí y con los sentimientos de sus hijos, que no pidieron probablemente otros hermanos ni otra mamá u otro papá.

Los celos y las rivalidades entre hermanos

Los celos son sentimientos normales en el ser humano que se originan ante la pérdida de un poder y de un objeto amado que se desvanece por un culpable; en el caso de los hermanos, el nuevo hermano, el intruso, que va a arrebatarle el amor de mamá. Es una condición normal que debe entenderse y afrontarse de manera adecuada para que no se convierta en un problema.

Los celos de los niños pueden manifestarse de diferentes formas: con conductas desafiantes; oposicionismo; búsqueda de atención de los padres; llanto frecuente; retraimiento o timidez y aislamiento; trastornos del sueño y de la alimentación; conductas de fastidio hacia el recién nacido o de regresión en logros de su desarrollo; agresividad o pseudoobediencia y pseudocolaboración, todas estas, relacionadas estrechamente con el temperamento del niño, su etapa del desarrollo y, por supuesto, la relación con sus padres.

Las rivalidades, la hostilidad y la envidia entre los hermanos pueden ir parejas con los celos, pero no deben confundirse, porque estos últimos implican sentimientos de un afecto y deseo de recuperar el amor de los padres, mientras que en la envidia o la rivalidad el objeto envidiado no tiene carácter afectivo, es algo distinto al amor de los padres.

La rivalidad es algo común en la convivencia diaria de los hermanos, con manifestaciones verbales del disgusto como *“este enano siempre daña mis juguetes”*, o manifestaciones de agresividad o daño como golpes o agarrones del pelo. A veces se originan en un concepto de equidad y pertenencia primario y absoluto: *“es mi parte de la mesa”*.

Las peleas y las rivalidades entre hermanos tienen aspectos positivos, porque proporciona a los niños un marco seguro, el del hogar, en el que aprenden a conocer sus límites y a negociar por lo que quieren; a ser creativos en la solución de conflictos; a buscar otras alternativas; a ser solidarios, esto es, a reconocer al otro.

La mayoría de los padres piensan que las peleas entre los hermanos son un mal comienzo de las relaciones adultas, pero la mayoría de las veces son parte del desarrollo evolutivo normal y fortalecen los lazos de lealtad futura. Es posible que las relaciones de fuerte rivalidad y agresividad entre hermanos que persisten más allá de la adolescencia puedan tener su origen en un conflicto de celos infantiles mal manejado.

¿Qué hacer ante las peleas de los hermanos?

Lo mejor es mantenerse al margen de los desacuerdos y dejar que ellos mismos arreglen sus diferencias, sin que lleguen a formas de agresión física peligrosa y violenta. Si uno de los hermanos golpea al otro o se ha hecho daño, debe detenerse inmediatamente la pelea. Los niños deben tener claro que existen límites físicos y verbales, previamente concertados, que no deben traspasarse. La mejor forma de detener la pelea es separarlos y enviarlos a sitios distintos un tiempo para que se calmen. Si no se pudo evitar intervenir, es mejor buscar soluciones que culpables.

Un buen método es permitir otras expresiones o desahogo de la agresividad y de la energía de los niños: que trepen, que corran, que salten y enseñarles otras formas de expresar su desacuerdo o ira, no con golpes y gritos.

A los niños se les debe dar ejemplo con el comportamiento y autocontrol, evitando los gritos y golpes, aunque se esté muy enfadado. La vieja fórmula *tómese unos minutos para calmarse, respire profundo y cuente hasta diez*, antes de dirigirse a los niños, sigue siendo eficaz, pues quien tiene la calma tiene el control.

Se debe hablar con los niños para investigar las causas de sus peleas y rivalidades. Si no se las encuentra, se debe buscar ayuda de un profesional puericultor experto en asuntos de crianza.

¿Cómo fomentar las buenas relaciones entre hermanos?

Todos los padres desean que sus hijos sean buenos amigos, que su vida en el hogar sea apacible, pero a veces con sus actitudes refuerzan las peleas y los celos en vez de favorecer sanas relaciones fraternas. A continuación se enunciarán unas recomendaciones dirigidas a los padres para favorecer las buenas relaciones entre hermanos:

- Enséñele al primogénito a ser hermano mayor y explíquele claramente los comportamientos que tiene que aprender respecto al hermano. Háblele con frecuencia de sus progresos y conductas adecuadas y castigue según lo convenido al acordar las normas
- Dedíquele tiempo exclusivo a cada hijo
- Establezca claramente las consecuencias de las peleas. Explique en forma clara y concreta lo que espera de cada uno; haga convenios con los hijos y permita que ellos los hagan entre sí

- Facilite la confianza de cada niño en sí mismo y en el amor de sus padres
- Ante los reclamos de injusticia, valore los sentimientos de cada niño y preste atención a la demanda específica que le hace, no a la queja
- Permita a los niños la posibilidad de mostrar sus desacuerdos y que ellos busquen y encuentren las soluciones
- Olvídense de la igualdad y la ecuanimidad; no le de temor querer a cada hijo distinto, pues seguramente ellos se lo agradecerán

Lecturas recomendadas

Bettelheim B. *No hay padres perfectos*. Barcelona: Critica; 2003.

González M. *Educación y orden familiar. Cada uno en su sitio*. España: Edimat; 2000.

Hogg T. *Esos terribles y fascinantes primeros tres años*. Bogotá: Norma; 2003.

Larroy C. *Hermanos. Guía práctica para padres de dos a más hijos*. Bogotá: Planeta; 2000.

Marulanda Á. *Creciendo con nuestros hijos*. Cali: Cargraphics; 1998.